Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

61 **El paraguas de Rucci como concepto**



Suplemento especial de
Página|12

TRELEW, LA EXPLICACIÓN DE LA MASACRE

Trelew es un escándalo. Todo el país reacciona con indignación. Lo que se dice desde los distintos sectores es: así no. Eso es un asesinato en masa. Los militares ofrecen una inmediata explicación. Nadie les cree. La "explicación" corre a cargo del contraalmirante Hermes Quijada, que hasta acude a un pizarrón para demostrar lo indemostrable. El ERP 22, un desgajamiento del ERP, se cobrará la vida de este marino en 1973. Precisamente el 30 de abril de 1973. Una fecha excepcionalmente oportuna para que todo se pudriera bien podrido y entonces se abrieran las puertas de una "situación revolucionaria". Pensemos que Cámpora gana las elecciones el 11 de marzo. Que los militares tienen que entregar el gobierno el 25 de mayo. ¿Qué mejor fecha que el 30 de abril para boletear a un ex jefe del estado mayor conjunto? Ahora es posible acariciar esa utopía: que no haya traslado del gobierno. Que los militares se enfurezcan, no lo entreguen y las masas salgan a las calles a hacer la revolución. Los militares estuvieron a punto de darle el gusto al ERP 22. Se alimentan mutuamente. Los que no querían entregar el gobierno brindaron con champagne la noche del asesinato de Hermes Quijada. Lo enterraron en medio de amenazas terribles. La más poderosa fue la del almirante Horacio Mayorga, de la línea más feroz de la Marina. Dijo: "Cuesta mucho resistir la tentación de ordenar antes el país y entregarlo después". O sea, la ESMA ahora. No perdamos tiempo. Basta de joder con Perón. Ese viejo no va a arreglar. El Ejército en pleno puede liquidar a todos estos guerrilleros y a toda esta ola subversiva en poco tiempo. Lo que proponía Mayorga –al fin y al cabo– era sólo adelantar en unos meses el golpe de Chile. El ERP 22 le facilita el juego. ¿Que Hermes Quijada no era precisamente una buena persona? ¿Que, sin duda, había tenido responsabilidad en la masacre de Trelew? ¿Y eso qué significaba? El pueblo había votado. El justicialismo había ganado limpiamente el gobierno en las urnas. Se esperaba –entre dudas, con incertidumbres– la entrega del gobierno. ¡Y estos heroicos centuriones acribillan a un tipo porque fue el que "explicó" la masacre de Trelew! Pero el motivo era otro: que no se entregara el gobierno. Que no se instalara la "democracia burguesa". El mismo, el exacto motivo del almirante Mayorga. Se logra algo más: Lanusse y la Junta de Comandantes en Jefe declaran "zonas de emergencia". Nada menos que Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Mendoza. ¡Establecen consejos de guerra y juicios sumarios! A pocos días del triunfo peronista en las urnas. A pocos días de entregar el gobierno. Si analizamos lo que metodológicamente buscaba la guerrilla es lo que busca en sus peores momentos de enajenación política: que nada se estabilice institucionalmente, que las contradicciones de clase se tornen visibles, que las Fuerzas Armadas sigan reprimiendo para que el pueblo vea a su verdadero enemigo en acción, sin la careta democrática. De aquí en más, esta enajenación de las guerrillas (enajenación respecto de las masas, sus intereses y sus opciones, las cuales las guerrillas suelen desconocer por completo) se irá acentuando. "Vamos a obligarlos a sacarse la careta". Cuando los militares se la sacan matan a todos: a los combatientes armados, a sus familiares, a sus amigos, a los sindicalistas y a cualquier perejil que ande por ahí. Pero eso sí: se ha demostrado que no son democráticos. Que usaban una careta. Lo que indigna de esa acción miliciana del ERP 22 es que se trata de la negación absoluta de lo que la mayoría del pueblo esperaba en ese momento. Se esperaba la entrega del gobierno. Se habían ganado las elecciones. No importa lo que vino después. Todos sabemos lo que vino después. En ese momento nadie lo sabía. Se vivía en medio de una esperanza. Y esa esperanza era principalmente de los sectores humildes. De los obreros, de los villeros, de las clases medias bajas. Con Cámpora en el Gobierno regresaría Perón. Ése era el sueño. No más balas y más muertos.



Lo de Trelew fue, sin duda, un asesinato en masa. "El 15 de agosto (escribe Jorge Luis Bernetti) se produce la evasión, de la cárcel de Rawson, de presos de las organizaciones Montoneros, FAR y ERP, con la toma del aeropuerto de Trelew, la captura de un avión y el exilio a Chile de 10 integrantes de aquellos grupos armados. Una semana después, el país se estremece cuando el 22 los fugados que se habían rendido a las autoridades en el aeropuerto de Rawson, son ametrallados en la base Naval Almirante Zar: 16 guerrilleros son muertos y tres gravemente heridos. Una gran cantidad de organizaciones populares y sindicales plantearon sus dudas o su franco rechazo por la explicación brindada por el Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas" (revista *Envido*, octubre de 1972, pag. 61. La nota está firmada como "Claudio Ramírez", seudónimo que Bernetti usaba para escribir en nuestra revista y no perder el puesto en *Panorama*. Espero no equivocarme. Para nosotros era un honor que un periodista como Jorge nos escribiera las notas de *actualidad*).

"Los minutos de terror se avecinaban en la Base Almirante Zar de Trelew. Eran las 3.30 de la madrugada del 22 de agosto cuando se les impartió a los prisioneros una orden insólita: salir de sus celdas con la vista fija en el piso y detenerse ante la puerta de cada uno de sus calabozos en dos hileras. '¡El mentón contra el pecho! ¡La mirada en el suelo!', gritó el capitán Sosa.

"Por sus cabezas pueden haber pasado muchas conjeturas, pero seguramente ninguna se acercaba a lo que ocurrió segundos después. De forma imprevista los uniformados comenzaron a disparar sus ametralladoras. La balacera duró 20 minutos. Los presos, indefensos, nada podían hacer frente a las balas militares. Los cuerpos caían de a uno. Algunos, aún con vida, se retorcían de dolor en el suelo del penal; Sosa y compañía no dudaban en darles el tiro de gracia en la nuca. Entre los gritos de los heridos y moribundos, Jorge Alejandro Ulla alcanzó a gritar a los militares 'hijos de puta', antes de ser rematado. María Antonia Berger escribió en la pared de la celda con su propia sangre *lomje* (libres o muertos, jamás esclavos)" (Christian Petralito, Alberto Alderete, *Trelew*, Nuestra América, 2007, p. 65.). Los libros sobre Trelew que deben leerse son el que acabo de citar, el de Humberto Costantini, *Libro de Trelew*, y el de Tomás Eloy Martínez, *La pasión según Trelew*. Tomás presentó este libro en 1973, en plena campaña electoral de Perón-Perón. Una etapa de momentánea elasticidad. Me llamó la atención que un periodista tan exitoso se metiera en un lío tan comprometido. Además, no tenía trayectoria militante en la izquierda peronista ni en la marxista. Y en la foto que exhibía *La Opinión* se lo veía con una barba intempestiva. Más allá de esto o más acá, el libro es excelente, está tan bien escrito como sólo Tomás y algunos otros pueden escribir en este país y le costó lo que sin duda habría de costarle: persecución y exilio.

UN BUEN POLICÍA

Trelew se transformó en un símbolo de la venganza. Los faenadores del '76 no dejaron vivo a uno que se hubiera expresado elogiosamente sobre los mártires o

condenatoriamente sobre los asesinos. Mataron a los que hicieron obras de teatro. A los que simplemente, en un reportaje, mencionaron condenatoriamente el hecho. "¿Dijiste algo contra la matanza de Trelew? Rajate, hermano. Eso solo cuesta la vida". ¿Por qué? ¿Por qué esa saña? Porque condenar Trelew era condenar la metodología que, ahí, ya se decidió para combatir a la guerrilla no bien se diera la oportunidad, que los militares veían cerca dada la edad de Perón y las líneas terriblemente antagónicas dentro del justicialismo. Trelew, entre los militantes y entre la guerrilla, no fue la feroz advertencia que debió haber sido. Era sólo un acto de barbarie de la Marina. Uno más. Expresaba, es cierto, "El carácter desafiante, la soberbia represiva de los altos mandos, la técnica de la 'masacre disuasora'" (*Envido*, *Ibid.*, p. 4 de la sección *Situación*, casi siempre brillantemente escrita por Horacio González). Pero todo eso habría de ser controlado apenas el pueblo llegara al poder y el General Perón a la patria. Hubo bronca con lo de Trelew, pero no hubo miedo. O muy poco. Se enfrentaba a un enemigo cruel, brutal. Pero las fuerzas propias eran tantas que lo dominarían fácilmente. Por fin, Trelew fue conceptualizado como un acto de *desesperación* de la Marina reaccionaria. Para algunos exaltados: la declaración de la guerra civil. Yo estaba en Córdoba, en la oficina de un defensor de presos políticos. Ahí nos enteramos los dos. El tipo empezó a dar zancadas por el escritorio y aullaba: "¡Esto es la guerra civil!" Seguía: "Basta, basta". Y de pronto larga la frase de Ghioldi: "Se acabó la leche de la clemencia". Le di los números de *Envido* que le había llevado y partí de regreso a Buenos Aires. Todos concordaban en que ése no era el camino.

Los muertos de Trelew fueron velados en la sede del Partido Justicialista. Pero el sanguinario, el brutal comisario Alberto Villar arrasó la puerta ¡con una tanqueta! Cagó a palos a todo el mundo. Familiares, madres, ancianos, jóvenes. Se llevó los féretros y desapareció. Este señor –*el tipo que hizo esta bestialidad*– fue nombrado por Perón al frente de la Policía Federal en 1974. Cuando le objetaron la medida dijo: "¡Pero es un buen policía!"

Se hacen actos importantes. Uno, memorable, en el Sindicato de Prensa. Para honrar la memoria de Emilio Jáuregui. Cada uno estaba por una revista. Rodolfo Walsh por el periódico de la CGT de los Argentinos. José Ricardo Eliaschev por *Nuevo Hombre*, que dirigía Silvio Frondizi, publicación muy ligada al ERP. Alguno más que olvidé. Y Horacio González por *Envido*. Eliaschev dijo algo patético y trágicamente divertido: "A los de *Nuevo Hombre* ya nos amenazaron, nos pusieron varias bombas. No sé, ¡sólo falta que nos maten!". Por supuesto: sólo eso faltaba. Y eso pensaban hacer. Walsh estaba como hundido en su silla. Malhumorado, rojo como si tuviera 30 de presión. Dijo dos o tres cosas y al diablo. Horacio estuvo formidable y fue el único que evocó a Jáuregui y reflexionó sobre la decisión última del militante: poner en riesgo su vida. Apareció alguien de la revista *La Comuna* y anunció la adhesión "del intelectual David Viñas". Hubo varias bromas. "¡Pobre Viñas, si se entera que lo definieron como un intelectual lo mata al salame éste." ¿Intelectuales? No, todos debíamos ser militantes. Soldados de la causa nacional y popular. El tipo debió decir "del militante David Viñas". No "del intelectual". "Intelectual" no daba riesgo, no daba compromiso, no daba militancia. Daba Torre de Marfil. Lejanía, demasiados libros y poca praxis. Así eran los tiempos. Ahora, que estamos a punto de ver el encandilamiento con la guerrilla y con las armas lo entenderemos mejor.

Los que ya dábamos charlas o éramos profesores aliados de la JUP no nos privábamos de la petulancia de los años jóvenes. Cierta vez llego a un sindicato –no recuerdo cuál– y saludo a los compañeros, todos más jóvenes que yo, y me dispongo a empezar la charla. Alguien me dice: "En la otra sala está Hernández Arregui". Me doy vuelta y leo una placa de bronce que identifica la sala: *Sala para jubilados*. Me río y digo: "Está bien, déjenlo ahí". ¡Insoportable! Pero era así. La juventud, en sí, era un valor. Se hablaba de los fundadores de la corriente nacional y se nombraba a los de siempre. A Hernández Arregui, Puiggrós, Jauretche, Scalabrini, etc. Pero uno ya los había dejado atrás. Siempre respeté a Cooke. A Milcíades. Y siempre recomendé *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* del Colorado Ramos. Pero poca bola a los demás. Sin embargo... ¡Ah, sin embargo! Había otros, que no la jugaban de teóricos, y nos barrían alevosamente. No había nada que pudiera igualarlos. Ni la mejor de las charlas sobre metodología revolucionaria. O sobre la cuestión nacional y social. O sobre el Estado y la lucha de clases. O sobre las contradicciones internas del concepto de "Pueblo". Esta vez sí recuerdo dónde era: la Facultad de Arquitectura. Llego y tengo que subir a un escenario. Me presenta un pibe que termina con el consabido: "Si Evita viviera sería Montonera, compañeros". Y todos aplaudían. Era la perfecta forma de redondear cualquier discurso cuando a alguien se le acababa el rollo. Decía eso y listo, cerraba y lo aplaudían. El otro era: "Porque luchamos por el regreso del general Perón y el triunfo de la Patria Justa, Libre y Soberana, ¡la Patria Socialista, compañeros!" Aplausos y se acabó, el ñato zafaba. No me pasó eso aquella noche en Arquitectura. Primero, porque yo no decía esas consignas. Eran más para los pibes. Y segundo, porque había algo contra lo cual ninguno de nosotros, los tipos de superficie, podía competir: la lucha armada. Doy mi charla. Hasta tenía puesto mi sacón de cuero marrón, que me hacía sentir bravo, comprometido. Hablo y hablo y nada. Termino. Algunos aplausos. Nada mal. Pero nada del otro mundo. Ahí nomás. Le pregunto a uno de los que me invitó: "Che, qué tibios estuvieron. ¿Me mandé alguna cagada?" "No, pero, qué querés, flaco. El jueves pasado estuvo Paco Urondo. Y durante una hora y media les explicó a los pibes cómo se carga un rifle. Una metralleta. Cómo cargás una pistola. Cómo se limpia. Dónde te la guardas cuando salís a la calle. Comprendelos a los compañeros. No es que no les interese lo que les dijiste, pero ¡no vas a comparar!" No hace mucho, en Canal 7, le dedican un programa. La gacetilla decía: "Paco Urondo, el hombre que encontró para el poema el arma de la palabra justa". (Cito de memoria, pero era casi así.) Contra esa fascinación nada se podía. Al año siguiente, lo vuelvo a ver a Paco. Fue en la concentración en Avenida Maipú para "romper el cerco del Brujo López Rega". Tenía puesto un sobretodo y parecía como si hubiera engordado 15 kilos. Sonreía con su irresistible sonrisa, andaba con ese bigotazo amarronado que era como un uniforme y estaba paradito, quieto. No parecía con ánimos de caminar mucho, o de poder hacerlo. Los pibes, con admiración, decían: "Miralo, miralo, ¡sabés la de fierros que debe tener abajo de ese sobretodo!". Tal vez siga siendo algo inexplicable la facilidad con que las Orgas (sobre todo Montoneros) se adueñaron de la Jotapé, pero no tanto. Este enamoramiento con la lucha armada. Esta admiración por sus combatientes. Considerarlas "el lugar más riesgoso de la lucha" y, por tanto, el más privilegiado, ése en que la vida más se arriesgaba, tuvo mucho que ver. También concebir la militancia como esa forma de vida que exige los extremos, dar la vida. Si morir es la forma extrema, perfecta, inapelable del ser del militante, los que más arriesgan la vida son quienes merecen ser la vanguardia.

De aquí que las otras expresiones del Movimiento fueran despreciadas. Su estamento político. Y su estamento sindical. La CGT era la traición. Sus dirigentes, lejos de arriesgar la vida, robaban, engañaban a los obreros, negociaban con los patrones, eran parte del capitalismo corrupto y entreguista. Y el pueblo era esa entidad amada, en nombre de la que todo se hacía. Y



que era –*y esto es muy importante*– valor de verdad. La concepción del pueblo como valor de verdad –una característica típica de los movimientos populistas– era constitutiva del espíritu y la teoría de la izquierda peronista. El populismo había nacido en Rusia y el ruso Herzen, *padre del populismo*, fue su creador. La palabra, en ruso, se lee: *narodnichestvo* y proviene de *narod*. O sea, *pueblo*. Entre los jóvenes de los '70 no se da con las características de misticismo y religiosidad profundos con que se da en Rusia. Ni con los aditamentos raciales, de sangre y de tierra con que se da en Alemania. De aquí que compararlos mecánicamente carezca de sentido y hasta de honestidad. La entidad "populista" que privó en la Argentina de fines de los sesenta y comienzos de los setenta fue algo a lo que se llamó: *pueblo peronista*. Este pueblo se caracterizaba por su despojamiento. Se le había quitado lo esencial. Su participación en la riqueza de la patria. Su amada virgen, su santa, su compañera, su guía, su adorada Eva Perón. Y su líder. Su palabra se expresaba en el modo de la pasividad. Era un todo. Era el "pueblo peronista" y su palabra tenía valor de verdad. Todo lo que debía hacerse se debía hacer en su nombre. Todos lo representaban. "Lo mejor que tenemos es el pueblo". "Defendemos un solo interés: el del pueblo". Con claridad, con dureza, la juventud siempre aclaró que "el pueblo" no eran "todos". Que había, interna a la "cuestión nacional", una "cuestión social" y que una no se resolvía sin la otra. O sea (y que quede claro para los que nunca lo entienden), la cuestión nacional no estaba destinada a oscurecer la cuestión social. Este populismo revolucionario tenía muy claro que el imperialismo sólo podía dominar al país por su complicidad con su aliado interno: la oligarquía y todos los sectores aliados a ella. La Iglesia preconciliar y el Ejército. La liberación nacional y social de la patria era una y la misma: no existía una sin la otra. Esto lo sostenía la Jotapé. No lo sostenían los sindicatos. Ahí se hablaba de la "liberación nacional". Tampoco Perón hablaba de "*la liberación nacional y social de la patria*". Nunca. Perón siempre habló de la "liberación de los dos imperialismos dominantes". Lo cual era una falacia. Porque la Argentina no dependía del "imperialismo soviético". Dependía del norteamericano. Motivo por el cual a veces Perón sólo decía "el imperialismo norteamericano". Pero su fórmula conceptual era "los dos imperialismos¨. De ella salía la vieja idea de la Tercera Posición de la que, muy oportunamente, Perón extraía la del Tercer Mundo que, de ese modo, terminaba por haber sido inventada por él.

Lo más que consiguen sacarle Solanas y Getino al Conductor es la idea del socialismo nacional, que Perón había embarrado seriamente al decir que él, en su viaje por Europa a fines de los '40, había encontrado en Italia y Alemania. Encontré, dijo, "formas de socialismo nacional". Los jóvenes se querían morir. Los que buscábamos el *aggiornamento* del peronismo nos queríamos morir. Además, cuando Perón hablaba del socialismo nacional, hablaba siempre de la justicia social. Creo que le gustaba jugar al pícaro. Acaso cuando se iban los jóvenes cineastas les dijera a Isabelita o a López: "Estos me quieren hacer decir fracesitas marxistas. Me quieren hacer hablar como Castro. Van a tener que esperar sentados". Si Pino Solanas (con loable empeño patriótico y, en rigor, poniendo lo mejor de sí) le preguntaba por el socialismo nacional, Perón, casi siempre luego de ese "¡Natural!" que ahora interpretaremos, decía: "Nuestro Movimiento, en ese sentido, es mucho más simple, es indudablemente de base socialista. ¿Por qué? Porque pivotea sobre la justicia social, que es la base de toda nuestra promoción revolucionaria". ¡General, eso casi es lo que decía Esteban Echeverría en el *Dogma Socialista*, de 1838! "Mucho tiempo hace que andamos como todos en busca de *una luz de criterio socialista* (...) Un pueblo que esclaviza su inteligencia a la inteligencia de otro pueblo es estúpido y sacrílego (...) *Todo privilegio es un atentado a la igualdad*" (Esteban Echeverría, *Dogma Socialista y otras páginas políticas*, Estrada, Buenos Aires, pp. 100/ 116/ 119. Las cursivas son de Echeverría). General, lo que Solanas le pregunta es si el socialismo nacional es, por lo menos, *elementalmente* socialista. Es decir, si va a hacer una reforma en el régimen de propiedad de la tierra. Si va a intervenir decididamente en el régimen bancario. Si va a avanzar en la expropiación de las riquezas abusivas. Sabemos de memoria que el peronismo pivotea sobre la justicia social. Pero una cosa es la justicia social entendida como una redistribución más piadosa del ingreso en beneficio de los pobres. Y otra es la justicia social de la que habla Echeverría: "Todo privilegio es un atentado a la igualdad". ¡Y eso que Echeverría pertenece por completo a lo que usted llama "tradición anglosajona" de nuestra historia! Y él, ese liberal amigo de Lavalle y los franceses, larga frases más duras que las suyas. "No hay caso", me decía Miguel. "No larga nada el Viejo." El Viejo daba más manija en las cartas y en las cintas grabadas. Y a las formaciones especiales nunca les dijo: "Cautela". No, el mensaje fue claro: "Sigan dando, muchachos". Pero, en el plano teórico, Perón nunca fue más allá de sí mismo. De *Conducción política*. Un par de frases altisonantes, sólo eso.

LOS TEÓRICOS DE LAS CÁTEDRAS NACIONALES

Los teóricos de las Cátedras Nacionales tuvieron más influencia en el ámbito de la militancia. La misión era tironear para la izquierda las frases del Viejo. Pero mucho más también. Y aquí me voy a permitir expresar una sorpresa que hace años me domina. Que los socialdemócratas antiperonistas del Club Socialista hayan ignorado por completo a las Cátedras Nacionales y a las revistas *Envido* y *Antropología del Tercer Mundo* se puede llegar a entender. Hicieron cosas peores. Pero que los nuevos periodistas que se lanzan a investigar los '70 no hayan encontrado todavía esas dos revistas que bajaron línea durante años decisivos es inexplicable. Larraquy trabaja muy bien en su *López Rega*, que se ve documentado. Y Lucas Lanusse (que se jacta de haber leído *todo* sobre los '70) traza un buen retrato de la Iglesia militante en *Cristo revolucionario*. Pero lo incluye a Domingo Bresci e ignora que una de las principales tareas militantes que hizo Domingo la hizo con nosotros, los pendejos "inteligentes" de *Envido*. Domingo era *nuestro* Sacerdote del Tercer Mundo. No voy a hablar de él ahora porque le tengo reservado un lugar de importancia en esta historia, a él y a sus compañeros. Bueno, el que no pasó por encima *nada de eso* fue Richard Gillespie, a quien Lanusse da por "superado". (Ojo: Lucas Lanusse es un tipo de primera. Nada serio con él.) Gillespie se leyó toda la colección de *Envido*, de *Antropología del Tercer Mundo* y hasta cita mi primer libro, de 1974, *El peronismo y la primacía de la política*. Que, por supuesto, es un libro peronista. Más exactamente: un libro Jotapé. Y fue escrito al calor de los hechos. Se edita en 1974 (lo edita Miguel) pero sus materiales van del '71 al '73. Lo escribí entre mis 27 y mis 29 años. Más escrito "al calor de los hechos" imposible. Gillespie lo toma en cuenta para mostrar cómo tratábamos de manipular las frases licuadas que mandaba el Viejo. (¡Que hasta cita a Confucio! ¡Citarle a Confucio a la juventud peronista!) Cito a Gillespie: "Ante la vaguedad de sus ideas sobre el significado del 'socialismo nacional', algunos, de acuerdo con José Pablo Feinmann, creían que tal tendencia y el justicialismo eran 'conceptos equivalentes'; que no se trataba de una Cuarta Bandera del Justicialismo, sino de la 'síntesis más profunda del proyecto político de poder popular que animó al peronismo desde sus orígenes" (Gillespie, *Ibid.*, p. 100). Se trataba de demostrar que socialismo nacional implicaba poder popular. En suma, injerencia creciente del pueblo en los mecanismos del Estado. Gillespie, con razón, dice: "Todos ellos, sin embargo, crearon un Perón a su propia imagen y semejanza" (*Ibid.*, p. 100). Por supuesto. También cita (sólo Gillespie los cita y fue un libro fundamental, ¿qué les pasa a los ensayistas argentinos?) el libro *Peronismo: antecedentes y gobierno* de Juan Pablo Franco y Fernando Alvarez, editado por *Cuadernos de Antropología del Tercer Mundo*. Y de Juan Pablo Franco: *Notas para una historia del peronismo*, un suplemento que publicó *Envido* en junio de 1971. El libro de Franco y Alvarez (*Peronismo: antecedentes y gobierno*) fue fundamental para los militantes. Era el respondetodo del peronismo. Todos los puntos que los gorilas señalaban Franco y Alvarez los respondían. De ahí sacaban las respuestas los militantes y ganaban las discusiones. En esa época demostrar que Perón había desarrollado o no la industria pesada era una cuestión de vida o muerte. ¿Por qué no hizo la Reforma Agraria? Fue gatopardista, fue nacionalista burgués, fue bonapartista, fue... Alvarez y Franco respondían todo. Era una tarea abrumadora inventarlo al peronismo. Pero la Jotapé tenía que poder ponerse esa máscara. Cuando (hacia 1967) emergí de las páginas de *El Capital* o de *Lire Le Capital* (de Althusser, no traducido aún) pregunté: "¿Dónde está nuestro proletariado británico?" Me dijeron: "No tenemos proletariado británico aquí". "¿Qué tenemos?" "Lo tenemos a Perón y a sus negros, que lo aman." "Bueno, ¡seamos peronistas!". *La izquierda peronista fue todo lo peronista que pudo ser. Y Perón fue todo lo socialista que le pareció necesario.* Pero no eran uno para el otro. En algún momento eso habría de estallar. Alguien se sacaría la máscara. Perón, en su discurso del 21 de junio de 1974, al día siguiente de Ezeiza, se la arrancó de un tirón. "¡Este soy yo, imberbes! Soy lo que las 20 verdades peronistas dicen." Al día siguiente, aún aturdida, la juventud se preguntaba: "¿Qué mierda son las 20 verdades peronistas?". Entre otras cosas, eran el paraguas de Rucci. El sindicalismo (la columna vertebral) custodiando al líder del Movimiento.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

El Día de la Militancia